

OSWALD Y EL ASESINATO DE JFK: Cómo crear un chivo expiatorio

Eduardo TORRECILLA GIMÉNEZ

Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete
edtoji@hotmail.com Eduardo.Torrecilla@uclm.es

OSWALD AND JFK'S ASSASSINATION: How to create a scapegoat

Resumen: El presente estudio pretende analizar el asesinato de John Fitzgerald Kennedy y sus consecuencias inmediatas desde la perspectiva del sacrificio del chivo expiatorio. Para ello, nos basaremos en las memorias del fiscal del distrito de Nueva Orleans, Jim Garrison, el principal valedor de la teoría de la conspiración contra el presidente Kennedy (y cuyas memorias sobre su investigación del caso están recogidas en el libro *JFK*), así como en *Juicio Precipitado*, de Mark Lane, abogado que se ofreció a defender al difunto Oswald ante la Comisión Warren. Las teorías conspirativas de Garrison y Lane serán comparadas con la teoría del chivo expiatorio expuesta por René Girard tomando como referencia dos de sus muchos trabajos (*El chivo expiatorio* y *Cuando empiecen a suceder estas cosas...*), además de los estudios sobre masa y poder de Elías Canetti.

Abstract: The present study focuses on the assassination of John Fitzgerald Kennedy in and its immediate consequences from the point of view of the scapegoat mechanism theory. The main sources for this purpose will be the memoir published by former District Attorney of New Orleans, Jim Garrison, as well as the book *Rush to Judgement* by Mark Lane, a lawyer who applied to represent Oswald before the Warren Commission. The conspiracy theories by Garrison and Lane will be compared to the scapegoat theory by René Girard, using two out of his many books (i.e. *The Scapegoat* and *Quand ces choses commenceront...*) as a reference. The studies on crowds and power by Elías Canetti will be also used.

Palabras clave: JFK. Oswald. Girard. Garrison. Chivo
JFK. Oswald. Girard. Garrison. Scapegoat

I. Introducción histórica¹

El 22 de noviembre de 1963, durante una visita oficial, el presidente de Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy es asesinado en Dallas. Es un presidente joven, en su tercer año de mandato, que se ha caracterizado por un discurso abiertamente liberal, un programa económico de relanzamiento, la promoción de las minorías y, sobre todo, una estrategia internacional conciliadora que ha traído la esperanza hacia el entendimiento de los bloques capitalista y comunista, en plena Guerra Fría. Su política pacifista hacia la URSS contrasta con la del mandato de su predecesor, el republicano Dwight Eisenhower,² durante la cual los bloques antagónicos se habían consolidado y tanteado en terrenos de juego alternativos como Berlín, Cuba, Formosa o el Congo, por no mencionar la Guerra de Corea.

Kennedy aboga en todo momento por posturas flexibles frente a las diferencias ideológicas, aunque vive momentos difíciles en cuanto a política exterior. El desastre de Bahía Cochinos en 1961 le supone una seria advertencia de que no ha de confiar en los informes de determinados órganos de su Gobierno, como la CIA. Por ello, Kennedy monta su propio grupo de confianza en materia de relaciones exteriores. Soluciona favorablemente crisis como la del muro de Berlín y se manifiesta en contra de la intervención militar en Vietnam, pero todavía ha de hacer frente al momento de máxima tensión de la Guerra Fría: en octubre de 1962 se produce la Crisis de los misiles de Cuba, mediante la cual ambas fuerzas están a punto de entrar en combate. Sólo la hábil gestión diplomática del gabinete de Kennedy evita el desastre.

La misma tarde del 22 de noviembre de 1963, fallecido ya Kennedy, se anuncia la detención del presunto asesino, un tal Lee Harvey Oswald, a quien también se acusa de matar al oficial J. D. Tippit poco después de hacer lo propio con Kennedy. Oswald afirma, en cuanto tiene un micrófono delante, que no ha matado a nadie y que es un cabeza de turco, un chivo expiatorio (*"I'm just a patsy"*). Nunca se celebrará un juicio contra él, porque el día 24 Jack Ruby, un conocido dueño de clubs nocturnos de Dallas con contactos con el crimen organizado, asesina a Oswald en el sótano de la comisaría de policía de Dallas, delante de toda la prensa.

Con motivo de esclarecer los hechos que rodean la muerte de Kennedy, se forma la llamada Comisión Warren, que tras meses de investigaciones elabora un extensísimo informe de miles de páginas cuya conclusión es que Lee Oswald mató al presidente actuando en solitario. No obstante, pronto surgen figuras como Mark Lane o Jim Garrison, que intentaron demostrar, a fuerza de luchar contra los elementos, que el asesinato de Kennedy fue producto de una conspiración y no de la locura de un asesino solitario. Sin embargo, siempre han topado con la firme oposición del Gobierno estadounidense.

Según Garrison, por ejemplo, Kennedy firmó su sentencia de muerte durante el episodio de la Crisis de los misiles de Cuba. Garrison (1996: 489-490) se atreve, además, a ofrecer un perfil de los verdaderos culpables del asesinato:

“Creo que estaba instigado y planificado desde hacía tiempo por anticomunistas fanáticos de la Comunidad de Inteligencia de Estados Unidos; que fue

1 Este trabajo fue realizado en el curso del Máster en Relaciones Internacionales de la Universidad CEU-San Pablo (Madrid) bajo la supervisión del Dr. Ángel Barahona Plaza, Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Francisco de Vitoria (Madrid), a quien agradezco su entrega, paciencia y permanente disponibilidad.

2 Eisenhower no representa al ala más dura de su gobierno, ya que él se alejaba de los extremismos. La firmeza anticomunista estuvo protagonizada por su secretario de Estado John Foster Dulles en política exterior y por el senador Joseph McCarthy en el ámbito interno. Este último persiguió, alcanzando niveles inquisitoriales, a todos los sospechosos de colaboración con el comunismo dentro de los Estados Unidos.

ejecutado, lo más probablemente sin aprobación oficial, por individuos del aparato de operaciones encubiertas de la CIA y por otros colaboradores extragubernamentales; y encubierto por sujetos enterados del FBI, el Servicio Secreto, el Departamento de Policía de Dallas y los militares. Su propósito era impedir que Kennedy buscara una distensión con la URSS y Cuba para poner término a la Guerra Fría”.

Si esta teoría es cierta, lo que ocurrió en realidad fue un golpe de Estado perfectamente enmascarado. Tanto que, casi 50 años después, aún no se conocen los nombres de los verdaderos responsables. Ello convierte a Oswald en el chivo expiatorio de una confabulación en la que, posiblemente, se le pudo haber incluido para cumplir exactamente esa función. Por tanto, conviene preguntarse si existe alguna manera de corroborar la teoría de Garrison desde el punto de vista del antagonismo mimético entre rivales, y de la masa frente al chivo expiatorio.

II. El conflicto y sus causas: la *méconnaissance*

A pesar de que la teoría de la conspiración contra el presidente Kennedy no se ha podido demostrar aún de manera irrefutable, hoy en día es prácticamente imposible aceptar que una sola persona disparó contra la comitiva presidencial aquel 22 de noviembre. La grabación del tiroteo (la famosa “película Zapruder”) demuestra cómo el presidente sufrió impactos desde al menos dos direcciones distintas; esto echa totalmente por tierra la teoría del asesino solitario, que aún hoy en día se mantiene oficialmente. El trabajo de Garrison prueba que, aunque Oswald pudo haber estado involucrado en una conspiración para matar a Kennedy, en dicha conspiración hubo más de un tirador contra el presidente, y Oswald no fue uno de ellos, como veremos más adelante. Sin embargo, Garrison (1996: 26-27) recuerda cómo el comedor del restaurante en que estuvo siguiendo por televisión las noticias que llegaban desde Dallas rompió repentinamente su silencio cuando por la tarde se anunció la detención de Oswald: “Se podía palpar la súbita explosión de furia, el arranque de odio contra aquel joven, desconocido hasta la fecha”. La multitud, la masa, había elegido ya al culpable y pedía su sacrificio.

Ahora bien, ¿cómo saben los verdaderos responsables del asesinato de Kennedy que la descarga de culpa sobre el chivo expiatorio será suficiente para apaciguar la furia de la comunidad? Según Girard (2002: 25-26), la comunidad es capaz de convencerse de que una minoría, incluso un solo individuo, es capaz de causarle los peores daños a todo el conjunto; por ello, las acusaciones estereotipadas juegan un papel fundamental para facilitar esta creencia. Los estereotipos minoritarios son mucho más fáciles de identificar y separar dentro de la masa; sirven de “puente entre la pequeñez del individuo y la enormidad del cuerpo social”. Es más, a la multitud no le interesan las causas naturales de lo que la turba, y por ello tiende a la persecución del chivo expiatorio. Por ello, la multitud busca “una causa accesible y que satisfaga su apetito de violencia”.³

La causa más accesible surge enseguida y se adapta a la perfección a su propósito: la locura comunista, personificada en un desconocido infeliz con pinta de alfenique. Y se ajusticia al chivo expiatorio con la mayor celeridad en nombre de la multitud, personificada en un matón con contactos con el hampa y a todas luces implicado en el complot; sin embargo, Jack Ruby ejerce el papel de comprometido patriota que actúa en defensa de la pobre viuda. Con el dolor de esta última, indefensa, es con quien se identifica la comunidad. Un dolor que ha de ser vengado, un mal que ha de ser contrarrestado, un caos que exige un sacrificio para que vuelva a reinar el orden.

3 Girard (2002: 26) define a los miembros de la multitud como perseguidores en potencia, porque “sueñan con purgar a la comunidad de los elementos impuros que la corrompen, de los traidores que la subvierten”.

Por tanto, una vez satisfecho el apetito vengativo de la comunidad, se ha de restablecer la normalidad. Eso sí, para que ésta surta efecto ha de justificarse el crimen que se ha cometido, con el fin de que a ningún individuo se le pueda ocurrir dudar de lo que ha hecho como miembro de la masa asesina. Para ello se aporta todo tipo de pruebas creadas de la nada que inculpan de forma ficticia a Oswald. Y ello basta al grupo, porque el grupo quiere volver a la normalidad más que cualquier otra cosa, sentirse protegido. Se elabora un informe gubernamental de miles de páginas que se contradice en incontables aspectos e ignora flagrantemente pruebas que refutan la conclusión final de que Oswald actuó solo en el asesinato de Kennedy. La opinión de Garrison (1996: 45-46) sobre el informe Warren es la siguiente:

“Considerando las distinguidas credenciales de los miembros de la Comisión y la calidad y talla del equipo que la apoyaba, esperaba encontrar una investigación profesional y completa. No la hallé. Gran parte de la información estaba desorganizada y confusa. La Comisión no había hecho un índice adecuado de sus informes y pruebas [...]. El número de apartados prometidos que no habían sido incluidos ofendía mi sensibilidad procesal. Quizá lo peor de todo era que las conclusiones del informe parecían basadas en una detestable lectura selectiva de las evidencias, ignorando testimonios creíbles de literalmente docenas de testigos presenciales”.

Del mismo modo, Garrison (1996: 16-18) afirma que la mayoría de los estadounidenses desconocía información esencial sobre el asesinato que descarta la teoría del asesino solitario. Entre otros datos, destaca los siguientes:

“-Cinco días antes del asesinato, la oficina del FBI de Nueva Orleans recibió un télex advirtiendo de que se preparaba un atentado contra el presidente durante el fin de semana en Dallas. El FBI no transmitió esta advertencia al Servicio Secreto ni a otras autoridades. Poco después del asesinato, el mensaje de télex desapareció del archivo de la oficina del FBI de Nueva Orleans.

-La gran mayoría de los testigos de la plaza Dealey, en Dallas, oyó varios disparos de rifle que venían del montículo de hierba situado frente a Kennedy. En la persecución que siguió al atentado, la policía de Dallas detuvo a tres hombres y se los llevó arrestados a punta de pistola. Sin embargo, muchas fotos de prensa de esta detención jamás se publicaron y no queda constancia de sus caras, de sus huellas dactilares o de sus nombres.

-En el día de su detención, Lee Oswald fue sometido a la prueba del nitrato, cuyo resultado indicó que no había disparado un rifle en las veinticuatro horas anteriores. Este hecho fue mantenido en secreto por el Gobierno federal y por la policía de Dallas durante diez meses.

-Durante más de cinco años, la película del asesinato filmada por el testigo presencial Abraham Zapruder fue ocultada al público y guardada bajo llave en un baúl de la revista Life. Esta imagen en movimiento muestra cómo Kennedy sufre un violento impacto que lo lanza hacia atrás, prueba evidente de que fue atacado por un rifle disparado desde delante.

-Aproximadamente una hora antes de la llegada de la comitiva de Kennedy, Jack Ruby, el hombre que después mató a Lee Oswald, fue visto en el montículo de hierba dejando a un hombre que llevaba un rifle en una maleta. La declaración de Julia Ann Mercer, testigo de estos hechos, fue alterada por el FBI para que pareciera que ella no pudo identificar a Ruby como el hombre en cuestión. La manipulación fraudulenta no ha sido jamás corroborada o desmentida por el Gobierno federal.

-Después de que médicos militares realizaran la autopsia al cadáver del presidente, desapareció su cerebro. El cerebro, que permanece en paradero desconocido veinticinco años después, fue sumergido en formalina para endurecerlo y poder averiguar de qué dirección provenían los disparos que recibió. La Comisión Warren jamás examinó fotografías y radiografías de la autopsia, las cuales podrían haber ayudado a resolver la cuestión.

-El patólogo encargado de realizar la autopsia a Kennedy en el Hospital Naval de Bethesda quemó en el incinerador de su casa el borrador del informe de la autopsia”.⁴

Pero, si no fue Oswald, ¿quién y por qué motivo es responsable del asesinato de Kennedy? Garrison (1996: 489-490) defiende que los sucesos del 22 de noviembre de 1963 han de ser calificados como un auténtico golpe de Estado, si entendemos éste como toda acción repentina por la cual un individuo o grupo de individuos toma posiciones de la autoridad gubernamental sin cumplir los requerimientos previstos para ello en las leyes o la Constitución, y empleando además el uso de la fuerza. También describe el número de elementos básicos que un golpe de Estado necesita para resultar victorioso:

“Una planificación y una preparación extensas por parte de los patrocinadores (los responsables del golpe); la colaboración de la guardia pretoriana (aquéllos cuyo trabajo es proteger al Gobierno, incluyendo al presidente); una acción de diversión en el escenario; la ratificación del asesinato por parte del nuevo Gobierno que asume el poder; y la diseminación de desinformación en los principales medios de comunicación. Si esta concurrencia de hechos suena familiar, se debe a que es exactamente lo que sucedió cuando John Kennedy fue asesinado”.

Existen, por tanto, dos versiones bien distintas: la primera (todavía hoy la versión oficial) señala a Oswald como responsable único del asesinato de JFK. La segunda atribuye la responsabilidad a un grupo de miembros con el poder suficiente dentro del Gobierno como para poder organizar una conspiración contra el mismísimo presidente, asesinarlo a la vista de todo el mundo y mantener la verdad de los hechos en secreto durante casi 50 años. Dos versiones bien distintas con un mismo chivo expiatorio: Oswald. La primera seguiría los cauces lógicos de la búsqueda del cabeza de turco por parte de la masa enfurecida; la segunda, sin embargo, implica la cuidadosa preparación de la imagen de Oswald para que parezca el perfecto chivo expiatorio en el momento adecuado. Todo ello, por supuesto, a espaldas de una multitud que reacciona según lo previsto cuando llega el momento. Es decir, reacciona dejándose guiar ciegamente hacia la solución del problema.

III. La creación del chivo expiatorio

Resulta demasiado tentador lanzarse sobre la investigación para intentar encontrar alguna nueva prueba que clarifique los hechos verdaderos o el nombre de los auténticos responsables. No obstante, si Garrison no lo consiguió tras más de treinta años de investigaciones, tampoco vamos a hacerlo nosotros ahora. Nos limitaremos a analizar el desarrollo de los acontecimientos desde las reflexiones de Girard y Canetti sobre el comportamiento de la

4 Gracias a éstos y otros cuantiosos indicios, Garrison (1996: 495) concluye que Oswald no disparó a nadie aquel día: “La prueba negativa del nitrato, su pésima marca de tirador en los marines, su personalidad generalmente poco agresiva, la escasa calidad del rifle Mannlicher-Carcano, que supuestamente compró por correo y utilizó, la ausencia de cualquier evidencia respecto a su intervención en el asesinato de Tippit; todo ello confirma que él no mató a nadie, que era simplemente, como alegó, un señuelo”.

masa social respecto al chivo expiatorio y las repercusiones apaciguadoras que el sacrificio conlleva.

Hemos visto cómo Oswald es inculpaado y asesinado tan sólo dos días después de la muerte de JFK; en el momento en que Oswald muere, Estados Unidos tiene ya un nuevo presidente. Se acepta unánimemente a Oswald como autor de los hechos, se monta una parafernalia con el nombre de comisión investigadora para darle un carácter oficial a dicha versión del asesinato y se restablece la normalidad en la sociedad estadounidense. Se puede decir que el sacrificio del chivo expiatorio ha calmado a los dioses, dentro de las luchas miméticas en que se cimienta la sociedad.

El asesinato de Oswald, por tanto, se convierte en canalizador del odio producido por la lucha mimética entre el hombre y el "otro". En este suceso histórico se pueden distinguir dos luchas antagónicas: una de ellas es la de capitalismo frente a comunismo, que Kennedy está solventando a través de la diplomacia (incluso los momentos más tensos, como la Crisis de los misiles), lo que no ha gustado nada en determinados sectores de su propia administración. Y eso nos lleva al segundo antagonismo: la lucha por el poder interno entre Kennedy y sus verdaderos asesinos. En este caso, Kennedy es el otro, aquél cuyo poder es deseado. Canetti (2006: 347) dice que "el momento de sobrevivir es momento del poder", y que la forma más baja de supervivencia consiste en matar. Matar al que se cruce en tu camino, para sentir que sigues existiendo y el otro ya no. Pero el otro no debe desaparecer, porque a la sensación de triunfo del hombre le hace falta que su rival siga presente como cadáver.

Parece como si no bastara con sacar a Kennedy y a sus ideas de corte pacifista del poder; el deseo no es vencerle, sino matarle. Es, quizá, esta idea tan visceral de borrar del mapa al otro lo que normalmente nos lleva al sentimiento de frustración ante lo inalcanzable de nuestro deseo. Esta vez, sin embargo, el hombre ante el otro resulta vencedor, porque Kennedy muere. Y con él, su estrategia política.

¿Es aquí la rivalidad con el otro más importante que el objeto deseado? Da la sensación de que, en este caso, el interés político prima sobre quién sea el que lo ejerza, con lo que debemos hablar de antagonismo entre intereses políticos; pero éstos, evidentemente, están defendidos por seres humanos. Tenemos, por tanto, una lucha antagónica entre dos grupos (Kennedy y sus rivales dentro de su propio Gobierno) cuyo objeto de deseo es el poder de ejercer de una forma más o menos violenta otra lucha mimética superior: la de Estados Unidos frente a la Unión Soviética. Al fin y al cabo, es en la rivalidad mimética, según Girard (1996: 38), donde se asienta la sociedad, aunque no de forma voluntaria: "La sociedad humana comienza a partir del momento en el que, alrededor de la víctima colectiva, se crean las instituciones simbólicas, es decir, cuando la víctima se hace sagrada". Se puede observar tal afirmación, en este caso, en el caso del comunismo, la víctima colectiva de la sociedad americana: se le ha otorgado un carácter tan maléficamente sagrado que, cuando hace falta crear un chivo expiatorio al que culpar de la muerte de JFK, se le disfraza de comunista. Es el enemigo perfectamente reconocible, el diablo personificado, la figura a la que temer, el malo de las películas de Hollywood.

La diferencia en este caso concreto, sin embargo, es que el chivo expiatorio no ha sido elegido al azar entre la multitud, sino que ha sido previamente fabricado y modelado para tener todos los atributos del perfecto cabeza de turco. Ante el descabezamiento de la jerarquía que supone un magnicidio, es necesario para los asesinos crear de forma rápida y efectiva un chivo que cumpla el arquetipo del perfecto culpable: será el "sacrificio a los dioses" para que todo vuelva a la normalidad. Con este fin, se escoge a un completo desconocido y se le da el perfil típico de "enemigo público" de la sociedad estadounidense de la época: comunista.

Garrison descubrió que determinados sujetos relacionados con organizaciones anticastro y con contactos con la CIA suplantaron la figura de Lee Oswald ya en enero de 1961 y hasta 1963, incluyendo una supuesta aparición en la embajada soviética en México. Mien-

tras tanto, se enviaba al verdadero Oswald a Nueva Orleans para que participara en actividades que le hicieran parecer un comunista activo. Según Garrison (1996: 491-493), Oswald fue manipulado por la CIA durante largo tiempo antes del asesinato, y es incluso posible que él creyese que estaba trabajando para el Gobierno en el momento del atentado. Tras el asesinato de JFK, Oswald fue inmediatamente detenido y tachado de comunista, aportando como pruebas sus actividades en Nueva Orleans y posibles suplantaciones de su persona.⁵

Cuando la masa busca un culpable o una víctima que sacrificar para apaciguar a los dioses y que éstos reestablezcan el orden anterior, normalmente se elige a un sujeto perteneciente a una minoría. En una comunidad de blancos será el negro; en una comunidad de negros será el blanco. En una comunidad católica será el judío o la bruja; en una comunidad cerrada será el extranjero, el recién llegado. Citando a Girard (2002: 26), “los miembros de la multitud siempre son perseguidores en potencia pues sueñan con purgar a la comunidad de los elementos impuros que la corrompen, de los traidores que la subvierten”.⁶ En la sociedad estadounidense de los años cincuenta y sesenta, en plena Guerra Fría, el elemento impuro que corrompe a la comunidad es el comunista. McCarthy sabía un rato de ello.

Pero, al tratarse de un golpe de Estado, los usurpadores deben ofrecer un chivo expiatorio con rapidez, pues Girard (2002: 23) advierte que el colapso de las instituciones hace que se cuestionen las diferencias jerárquicas establecidas, con lo que el sistema entero queda expuesto. Es necesario, por tanto, restablecer el orden con la mayor celeridad, pues el golpista no pretende una revolución, sino la usurpación del poder. Para el golpista, la principal amenaza de su estabilidad (Kennedy y su discurso pacifista, en este caso) ya ha sido eliminada. Pero, para conseguirlo, ha sido necesario asustar a la masa, y eso se puede volver un arma de doble filo para el asesino. En palabras de Girard (1996: 35), la comunidad, en su estado de pánico, “se ha lanzado a la caza del chivo expiatorio y se ha polarizado miméticamente sobre el ciudadano más prestigioso, y también el más envidiado de todos. Nada más ‘normal’, en cierto sentido, que la transformación de un rey en chivo expiatorio”. Por ello, el problema para el magnicida es que, si la multitud que ahora está rugiendo colérica en el restaurante ante la imagen de Oswald en el televisor no queda satisfecha con el chivo expiatorio, se acabará alzando contra el “rey”, y el “rey” ahora resulta ser el propio magnicida. Por consiguiente, para que la masa no se convierta en esa “multitud homicida” que arrasa con todo en período de crisis (principalmente, con los que ocupan los cargos más altos),⁷ se le ha de ofrecer inmediatamente al perfecto culpable, metódicamente fabricado y preparado durante los últimos años, y su inmolación traerá de nuevo el orden y la paz. Ha llegado el momento de ofrecer a Oswald en sacrificio.

Delante de las fuerzas policiales que le custodian y de los medios de comunicación allí presentes, Jack Ruby le dispara a bocajarro en el estómago y lo mata. En el momento del disparo, el coche que esperaba a Oswald no estaba colocado en el lugar correcto, lo que hizo que Oswald y los policías que le rodeaban prácticamente se pararan a esperarle, convirtiendo al sospechoso en un blanco “casi fijo e indefenso”.⁸ Con Oswald muerto, el

5 Garrison pone como ejemplo que la documentación sobre el supuesto viaje de Oswald a México fue aportada al completo por la CIA, incluyendo informes, fotografías de un hombre que claramente no es Oswald y grabaciones de conversaciones telefónicas con la embajada de la URSS de un hombre cuya voz no es la de Oswald.

6 Más adelante, Girard (2002: 27) afirma que “la acusación de envenenamiento [asesino loco comunista, en este caso] permite desplazar la responsabilidad de unos desastres perfectamente reales [magnicidio] a unas personas cuyas actividades criminales nunca han sido realmente descubiertas (Oswald)”.

7 Canetti (2006: 354) señala que la sensación de peligro por parte del poderoso es siempre muy vívida, ya que ningún soberano puede estar siempre seguro de la obediencia de todos sus súbditos. Esta afirmación recuerda al comportamiento paranoico de Laurent Kabila descrito por Stearns (2011: 267-284) con respecto a su posible asesinato a manos de alguno de sus subalternos. Paradójicamente, tal desenlace acabó ocurriendo en realidad.

8 Lane, 1966: 228. Sobre cómo pudo entrar Jack Ruby en un sótano atestado de policías y perpetrar el asesinato, ver op.cit.: 233-242.

caso se considera cerrado. Los dioses han recibido su sacrificio; esto mitigará su furia y nos dejarán tranquilos. El orden volverá a nuestra comunidad. La sociedad, por tanto, acepta el sacrificio del chivo expiatorio, de manera consciente o inconsciente se deja satisfacer por las absurdas explicaciones y pruebas que rodean los asesinatos y la investigación. Y lo hace a cambio de volver a sentirse segura, a cambio de no volver a sentirse bajo amenaza.

¿Protesta la comunidad ante el asesinato de Oswald? ¿Alguien tiene la más ligera sospecha al oír el alegato de Ruby, que asegura haber cometido el crimen para ahorrarle a la pobre viuda el mal trago de soportar el juicio? Y hablando de juicios: ¿reivindica alguien, aun a sabiendas de que es ya inútil, el derecho que tenía Oswald a un juicio justo?⁹ ¿Por qué todo el mundo se da por satisfecho con el deplorable informe de la Comisión Warren?¹⁰ Y, después de cuatro años, cuando Garrison comienza a averiguar que determinados individuos con conexiones con la CIA (Guy Bannister, David Ferrie y, principalmente, Clay Shaw, a quien llega a conseguir procesar, aun sin éxito) están relacionados con el asesinato de Kennedy, ¿por qué se le convierte en enemigo público?

Son tantas las ganas de superar el momento de pánico, que la sociedad está dispuesta a olvidar lo que ha visto y a no prestar atención a lo evidente. No ve gato encerrado, o no quiere verlo. Lane (1966: 41) habla de la voluntad de “agradar al tribunal” de la gente a la hora de hacer una declaración, y que “no es sorprendente el encontrar con frecuencia un marcado deseo de atenerse a la versión del Gobierno”. Por ejemplo, durante su declaración ante la Comisión Warren, Jacqueline Kennedy dijo que su versión de los hechos era diferente a la que se había publicado en la prensa, pero que estaba dispuesta a admitir que estaba equivocada.¹¹ Teniendo en cuenta que la sociedad ha vuelto a la normalidad y que todo funciona otra vez como antes, se ha debido matar al verdadero culpable; no hay que seguir indagando. ¿Para qué buscar nuevos sacrificios, si con el de Oswald se ha calmado ya a los dioses?

Finalmente, el pleno éxito del magnicidio queda reflejado en los más que posibles asesinatos que se producen en los años sucesivos y que están relacionados con la muerte de JFK y la implicación de Oswald. Testigos clave de la talla de David Ferrie, Clay Shaw y Jack Ruby mueren en extrañas circunstancias, algunos poco antes de ser llamados a testificar. Es una situación que recuerda a las reflexiones de Canetti (2006: 354-355) sobre la conducta del poderoso, que siente su poder más en peligro cuantas más órdenes suyas se cumplen, y se ve necesitado de ejecutar una víctima tras otra para mantener su dominio. “Y cada cierto tiempo –prosigue Canetti- necesitará de ejecuciones como ésa, más frecuentes cuanto mayores sean sus dudas. Los más leales, sus súbditos más consumados, por así decirlo, son los que han muerto por él”.

Durante el resto de la década de los 60, “súbditos consumados” como Ferrie, Shaw o

9 J. Edgar Hoover, jefe de la Comisión Warren, expresó públicamente su desagrado por el hecho de que el propio Lane (1996: 13) se ofreciera ante la Comisión a representar a Oswald, ante el desinterés de la misma de demostrar si Oswald era o no realmente el culpable del asesinato. Su culpabilidad era un hecho que se daba por sentado, y la Comisión sólo pretendía esclarecer el porqué del delito. Lane lamenta, más adelante (op.cit.: 243): “Cuando Ruby silenció a Oswald, no sólo asesinó a un hombre indefenso, sino que también nos privó a todos, de una vez para siempre, de las pruebas que Oswald pudiera ofrecernos de su inocencia o culpabilidad. Sin embargo, cuando la Comisión nos negó cierta información de parecido valor, apenas sí hubo protestas”.

10 Las investigaciones de la Comisión son tan evidentemente arbitrarias y ridículas que su validez oficial asusta. Por citar un ejemplo de sus procedimientos, Lane (1966: 49) resalta que en el interrogatorio de Jackie Kennedy, que sostuvo a su marido en brazos durante todo el trayecto hacia el hospital, en ningún momento se le preguntó por qué tipo de heridas había sufrido su esposo. Ella misma dio, voluntariamente, detalles sobre dichas heridas, pero la transcripción de la declaración los sustituye por un escueto “Referencia a las heridas causadas”. Por lo visto no eran importantes dichos detalles, sobre todo para esclarecer la cuestión esencial del punto (o puntos) de origen de los disparos.

11 Lane añade que otro testigo llegó a declarar que había oído un disparo más de los que fueron hechos. Él había oído cuatro disparos, mientras que la versión oficial mantenía que sólo se habían efectuado tres.

Ruby mueren en beneficio del mantenimiento del poder; porque el poder está plagado de dudas ante los hallazgos sobre la verdad que la sociedad, y en particular Jim Garrison, están realizando paulatinamente. Y las muertes tienen un efecto rebote: aquéllos que quedan vivos y podrían tener algún tipo de información contra el nuevo poderoso sienten demasiado miedo de correr el mismo destino como para hablar.

Sucede así un sentimiento similar al que provocó Domiciano en su “banquete fúnebre”; los supervivientes implicados saben lo que les sucederá si delatan al verdadero asesino, con lo que se sienten a su merced. Al igual que aquéllos a quienes engañó Domiciano, se sienten como muertos, porque se les está perdonando la vida. Como dice Canetti (2006: 355-357), “el emperador puede llevarlos de la vida a la muerte y traerlos de vuelta a la vida, como quien dice, y se regodea una y otra vez en ese juego, que incrementa al máximo su sensación de poder”. Para que se llegue a esta macabra situación, no obstante, es necesario que el poderoso se haya salido con la suya la primera vez, que es la que le da tanto el poder como la conciencia de poder (y del peligro que éste conlleva). Esa primera vez es el asesinato de Kennedy, que tuvo el mejor de los resultados al quitarle de en medio y contar con Lee Oswald como perfecto chivo expiatorio.

IV. Conclusiones

En unas declaraciones para la NBC en 1967, Garrison declaraba: “En el mundo real, en el que ustedes y yo vivimos, los cuentos de hadas son peligrosos. Son peligrosos porque no son ciertos; aquello que no es cierto es peligroso, y es aún más peligroso cuando el cuento de hadas es aceptado como realidad sólo porque tiene un sello oficial de aprobación, o porque hombres de honor proclaman que deben ustedes creerlo, o porque elementos poderosos de la prensa les digan que el cuento de hadas es cierto”.¹² Garrison califica como “cuento de hadas” la *méconnaissance* de este suceso, el engaño que todos aceptan y que incumbe la ocultación del complot magnicida contra JFK detrás del sacrificio de Lee Harvey Oswald.

Si entendemos que Oswald es el chivo expiatorio del magnicidio de JFK, hemos de admitir en él las características que Girard (2002: 57) le concede al chivo expiatorio: la inocencia de la víctima, la polarización colectiva contra ella y la finalidad colectiva de dicha polarización. Además, los perseguidores se obcecán en la “lógica” de la representación persecutoria y no son capaces de salir de ella. Es perfectamente posible que Oswald fuese inocente del crimen, de la misma forma que su demonización en la sociedad americana durante las últimas décadas ha dejado patente la polarización colectiva contra él. Del mismo modo, el hecho de que la versión oficial del asesinato continúe siendo la que señala a Oswald no ya como asesino, sino como único culpable, es prueba de la incapacidad de la multitud para salir de la “lógica” persecutoria y encontrar la causa final. Ahora bien, teniendo en cuenta que la muerte de Oswald persigue el beneficio del verdadero asesino, ¿podemos hablar de una “finalidad colectiva” en el caso del sacrificio de Oswald? La respuesta es afirmativa, porque el fin colectivo sigue siendo apaciguar el caos que amenaza al conjunto de la sociedad, acabar con el miedo que el “loco comunista” ha causado en la sociedad estadounidense al matar a su propio presidente (si el chivo expiatorio ha sido capaz de matar al presidente, es capaz de matar a cualquiera).

He aquí, sin embargo, donde entra el “cuento de hadas” de Garrison, porque el personaje que se monta alrededor del nombre de Lee Harvey Oswald, el loco comunista, no es más que un montaje. La desgracia de Oswald, por tanto, es doble: no sólo es elegido para ser el chivo expiatorio, sino que dicha elección no es espontánea, como suele ocurrir en otras situaciones caóticas que no tienen un culpable definido (por ejemplo, un brote de peste).¹³ Los

¹² Se puede encontrar el vídeo de la declaración completa de Garrison para la NBC, grabada en respuesta a un programa en el que se le criticó, en http://www.youtube.com/watch?v=Hqo2c_SxQag

¹³ Tampoco son elecciones basadas en supersticiones absurdas, improvisadas por la masa en situaciones de caos

auténticos asesinos, sean quienes sean, eligen a Oswald como cabeza de turco y preparan cuidadosamente su imagen como tal, para que no quepa ninguna duda de que él es el culpable, la reencarnación del mal. Se ejerce contra él una campaña perfectamente orquestada por los verdaderos conspiradores, porque saben que al crimen le sucederá el caos, y que la comunidad exigirá sangre hasta que la obtenga, de una forma u otra.

En este caso, por tanto, la comunidad ejerce más que nunca de marioneta; se la dan todos los deberes ya hechos, ni siquiera se la deja perpetrar el sacrificio. En algunos casos se procura que el sacrificio sea llevado a cabo por todos para que todos compartan tanto la “victoria” como la culpa;¹⁴ esta vez, no. La comunidad vive una permanente ilusión, un “cuento de hadas” en el que el verdadero culpable lo hace todo: el asesinato, la usurpación del poder, el sacrificio y la campaña de desinformación para justificar los asesinatos. Lo único cierto de toda la historia es que, durante la lucha antagónica por el poder, tres personas mueren: Kennedy (el rival), Tippit (un desafortunado policía cuya muerte forma parte de la inculpación del chivo expiatorio) y Oswald (el auténtico cabeza de turco). Se podría incluso decir que los tres son chivos expiatorios de todo este complot.

Y es que el último bucle de la historia, que puede dar para otro análisis, es contemplar la figura de Kennedy no desde el antagonismo del hombre frente al *otro*, sino como otro chivo expiatorio, al igual que Oswald. Quizá resultaría una asimilación un poco más retorcida, pero resulta inquietante analizar esta posibilidad desde las palabras de Girard (1996: 32-35): “No hay más enemigos, no hay más venganza, ya que, en el chivo expiatorio, se ha matado al enemigo absoluto”. ¿Y si el enemigo absoluto de la comunidad es aquél que ha traído el cambio a la propia comunidad, esto es, ese presidente joven que emplea políticas innovadoras, protege a las minorías y parece estar pactando con el enemigo? ¿Y si el cambio se interpreta no como esperanzador, sino como desestabilizador? ¿Era Kennedy el hombre que había traído “la peste a su comunidad”? Seguimos leyendo y encontramos: “[...] Si el malestar que ha precedido, si el sufrimiento, han sido bastante grandes, el sobrecogimiento va a ser tal que la comunidad va a interrogarse sobre su buena suerte. [...] La comunidad va, pues, a volverse de nuevo hacia su chivo expiatorio. A la idea de que éste puede destruir la comunidad se añade, de ahora en adelante, la de que puede reconstruirla. Es la invención de lo sagrado”. Nadie critica, hoy en día, la intachable figura de John F. Kennedy, a quien se toma como ejemplo en la sociedad americana pero quien, en su momento, tuvo un mandato con luces y sombras tanto en política exterior como interior, y que quizá habría pasado a la historia como un presidente más, de no haber sido asesinado. Y además, quizá haya que leer desde otro punto de vista el pasaje sobre la transformación de un rey en chivo expiatorio que comentábamos más arriba... ¿Sería acaso su muerte, y no la de Oswald, aquélla que trajo de vuelta “el orden y la paz” a la comunidad?

Bibliografía

CANETTI, Elías

2006 *Masa y poder. Obra completa I*. Barcelona: Debolsillo (2ª ed.).

en busca de un chivo expiatorio, como sucede a la muchedumbre embelesada por los delirios de la desquiciada señora Carmody en la novela *La Niebla*, de Stephen King.

14 Kapuściński (2004: 178) habla en estos términos sobre el genocidio de Ruanda: “La mayoría no murió abatida por las bombas y las ametralladoras, sino que cayó descuartizada y machacada por armas de lo más primitivo: machetes, martillos, lanzas y palos. Y es que los líderes del régimen no perseguían un único objetivo, la solución final. También era importante cómo conseguirlo. Se trataba de que en el camino hacia el Ideal Supremo, que consistía en eliminar al enemigo de una vez para siempre, se crease una comunión criminal entre el pueblo; de que, a consecuencia de una participación masiva en el genocidio, surgiese un sentimiento de culpa unificador [...]”.

- FERNÁNDEZ, Antonio
2000 *Historia Universal, vol. IV: Edad Contemporánea*. Barcelona: Vicens Vives.
- GARRISON, Jim
1996 *JFK*. Barcelona: Ediciones B.
- GIRARD, René
1996 *Cuando empiecen a suceder estas cosas... Conversaciones con Michel Treguer*. Madrid: Encuentro.
2002 *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama (2ª ed.).
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard
2004 *Ébano*. Madrid: ABC.
- LANE, Mark
1966 *Juicio precipitado. Crítica del Informe de la Comisión Warren respecto a los asesinatos del Presidente John F. Kennedy, el agente J.D. Tippit y Lee Harvey Oswald*. Madrid: Taurus.
- STEARNS, Jason K.
2011 *Dancing in the Glory of Monsters. The Collapse of the Congo and the Great War of Africa*. New York: Public Affairs.

